

ALMUDENA GRANDES



LOS BESOS EN EL PAN

MAXI
TUSQUETS
EDITORES

ALMUDENA GRANDES

LOS BESOS
EN EL PAN

M A X I
TUSQUETS
EDITORES



1.ª edición en colección Andanzas: noviembre de 2015

1.ª edición en colección Maxi: mayo de 2017

1.ª edición en esta presentación en colección Maxi: febrero de 2025

© Herederos de Almudena Grandes, 2021

Diseño de la cubierta: Maxi Tusquets / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Samuel Bouget (portraitsbysam)

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S. A. - Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.maxitusquets.com

ISBN: 978-84-1107-564-0

Depósito legal: B. 273-2025

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

I. Antes	11
II. Ahora	21
III. Después	317

Estamos en un barrio del centro de Madrid. Su nombre no importa, porque podría ser cualquiera entre unos pocos barrios antiguos, con zonas venerables, otras más bien vetustas. Este no tiene muchos monumentos pero es de los bonitos, porque está vivo.

Mi barrio tiene calles irregulares. Las hay amplias, con árboles frondosos que sombrean los balcones de los pisos bajos, aunque abundan más las estrechas. Estas también tienen árboles, más apretados, más juntos y siempre muy bien podados, para que no acaparen el espacio que escasea hasta en el aire, pero verdes, tiernos en primavera y amables en verano, cuando caminar por la mañana temprano por las aceras recién regadas es un lujo sin precio, un placer gratuito. Las plazas son bastantes, no muy grandes. Cada una tiene su iglesia y su estatua en el centro, figuras de héroes o de santos, y sus bancos, sus columpios, sus vallados para los perros, todos iguales entre sí, producto de alguna contrata municipal sobre cuyo origen es mejor no indagar mucho. A cambio, los callejones, pocos pero preciosos, sobre todo para los enamorados clandestinos y los adolescentes partidarios de no entrar en clase, han resistido heroicamente, año tras año, los planes de exterminio diseñados para ellos en las oficinas de urbanismo del Ayuntamiento. Y ahí siguen, vivos, como el barrio mismo.

Pero lo más valioso de este paisaje son las figuras, sus vecinos, tan dispares y variopintos, tan ordenados o caóticos como las casas que habitan. Muchos de ellos han vivido siempre aquí, en las casas buenas, con conserje, ascensor y portal de mármol, que se alinean en las calles anchas y en algunas estrechas, o en edificios más modestos, con un simple chiscón para el portero al lado de la puerta o ni siquiera eso. En este barrio siempre han convivido los portales de mármol y las paredes de yeso, los ricos y los pobres. Los vecinos antiguos resistieron la desbandada de los años setenta del siglo pasado, cuando se puso de moda huir del centro, soportaron la movida de los ochenta, cuando la caída de los precios congregó a una multitud de nuevos colonos que llegaron cargados de estanterías del Rastro, posters del Che Guevara, y telas hindúes que lo mismo servían para adornar la pared, cubrir la cama o forrar un sofá desvencijado, rescatado por los pelos de la basura, y sobrevivieron al resurgir de los noventa, cuando en el primer ensayo de la burbuja inmobiliaria resultó que lo más *cool* era volver a vivir en el centro.

Después, la realidad empezó a tambalearse al mismo tiempo para todos ellos. Al principio sintieron un temblor, se encontraron sin suelo debajo de los pies y creyeron que era un efecto óptico. No será para tanto, se dijeron, pero fue, y nada cambió en apariencia mientras el asfalto de las calles se resquebrajaba y un vapor ardiente, malsano, infectaba el aire. Nadie vio aquellas grietas, pero todos sintieron que a través de ellas se escapaba la tranquilidad, el bienestar, el futuro. Tampoco reaccionaron todos igual. Quienes renunciaron al combate ya no viven aquí. Los demás siguen luchando contra el dragón con sus propias armas, cada uno a su manera.

Los mayores no tienen tanto miedo.

Ellos recuerdan que, no hace tanto, en las mañanas heladas del invierno las muchachas de servicio no andaban por las calles de Madrid. Las recuerdan siempre corriendo, los brazos cruzados sobre el pecho para intentar retener el calor de una chaqueta de lana, las piernas desnudas, los pies sin calcetines, siempre veloces en sus escuetas zapatillas de lona. Recuerdan también a ciertos hombres oscuros que caminaban despacio, las solapas de la americana levantadas y una maleta de cartón en una mano. Los niños de entonces los mirábamos, nos preguntábamos si no tendrían frío, nos admirábamos de su entereza y nos guardábamos la curiosidad para nosotros mismos.

En los años sesenta del siglo xx, la curiosidad era un vicio peligroso para los niños españoles, que crecimos entre fotografías —a veces enmarcadas sobre una cómoda, a veces enterradas en un cajón— de personas jóvenes y sonrientes a quienes no conocíamos.

—¿Y quién es este?

—Pues... —eran tías o novios, primas o hermanos, abuelos o amigos de la familia, y estaban muertos.

—¿Y cuándo murió?

—¡Uy! —y los adultos empezaban a ponerse nerviosos—. Hace mucho tiempo.

—¿Y cómo, por qué, qué pasó?

—Fue en la guerra, o después de la guerra, pero es una historia tan fea, es muy triste, mejor no hablar de temas desagradables... —ahí, en aquel misterioso conflicto del que nadie se atrevía a hablar aunque escocía en los ojos de los adultos como una herida abierta, infectada por el miedo o por la culpa, terminaban todas las conversaciones—. ¿Qué pasa, que ya has acabado los deberes? Pues vete a jugar, o mejor ve a bañarte, corre, que luego os juntáis todos y se acaba el agua del termo...

Así, los niños de entonces aprendimos a no preguntar, aunque a los españoles de hoy no les gusta recordarlo. Tampoco acordarse de que vivían en un país pobre, aunque eso no era ninguna novedad. Los españoles siempre hemos sido pobres, incluso en la época en que los reyes de España eran los amos del mundo, cuando el oro de América atravesaba la península sin dejar a su paso nada más que el polvo que levantaban las carretas que lo llevaban a Flandes, para pagar las deudas de la Corona. En el Madrid de mediados del siglo xx, donde un abrigo era un lujo que no estaba al alcance de las muchachas de servicio ni de los jornaleros que paseaban por las calles para hacer tiempo, mientras esperaban la hora de subirse al tren que los llevaría muy lejos, a la vendimia francesa o a una fábrica alemana, la pobreza seguía siendo un destino familiar, la única herencia que muchos padres podían legar a sus hijos. Y sin embargo, en ese patrimonio había algo más, una riqueza que los españoles de hoy hemos perdido.

Por eso los mayores tienen menos miedo. Ellos hacen memoria de su juventud y lo recuerdan todo, el frío, los mutilados que pedían limosna por la calle, los silencios, el nerviosismo que se apoderaba de sus padres si se cruzaban por la acera con un policía, y una vieja costumbre ya olvidada, que no supieron o no quisieron transmitir a sus hijos. Cuando se caía un trozo de pan al suelo, los adultos obligaban a los niños a recogerlo y a darle un beso antes de devolverlo a la panera, tanta hambre habían pasado sus familias en aquellos años en los que murieron todas esas personas queridas cuyas historias nadie quiso contarles.

Los niños que aprendimos a besar el pan hacemos memoria de nuestra infancia y recordamos la herencia de un hambre desconocida ya para nosotros, esas tortillas francesas tan asquerosas que hacían nuestras abuelas para no des-

perdiciar el huevo batido que sobraba de rebozar el pescado. Pero no recordamos la tristeza.

La rabia sí, las mandíbulas apretadas, como talladas en piedra, de algunos hombres, algunas mujeres que en una sola vida habían acumulado desgracias suficientes como para hundirse seis veces, y que sin embargo seguían de pie. Porque en España, hasta hace treinta años, los hijos heredaban la pobreza, pero también la dignidad de sus padres, una manera de ser pobres sin sentirse humillados, sin dejar de ser dignos ni de luchar por el futuro. Vivían en un país donde la pobreza no era un motivo para avergonzarse, mucho menos para darse por vencido. Ni siquiera Franco, en los treinta y siete años de feroz dictadura que cosechó la maldita guerra que él mismo empezó, logró evitar que sus enemigos prosperaran en condiciones atroces, que se enamorasen, que tuvieran hijos, que fueran felices. No hace tanto tiempo, en este mismo barrio, la felicidad era también una manera de resistir.

Después, alguien nos dijo que había que olvidar, que el futuro consistía en olvidar todo lo que había ocurrido. Que para construir la democracia era imprescindible mirar hacia delante, hacer como que aquí nunca había pasado nada. Y al olvidar lo malo, los españoles olvidamos también lo bueno. No parecía importante porque, de repente, éramos guapos, éramos modernos, estábamos de moda... ¿Para qué recordar la guerra, el hambre, centenares de miles de muertos, tanta miseria?

Así, renegando de las mujeres sin abrigo, de las maletas de cartón y de los besos en el pan, los vecinos de este barrio, que es distinto pero semejante a muchos otros barrios de cualquier ciudad de España, perdieron los vínculos con su propia tradición, las referencias que ahora podrían ayudarles a superar la nueva pobreza que los ha asaltado por sor-

presa, desde el corazón de esa Europa que les iba a hacer tan ricos y les ha arrebatado un tesoro que no puede comprarse con dinero.

Así, los vecinos de este barrio, más que arruinados, se encuentran perdidos, abismados en una confusión paralizante e inerte, desorientados como un niño mimado al que le han quitado sus juguetes y no sabe protestar, reclamar lo que era suyo, denunciar el robo, detener a los ladrones.

Si nuestros abuelos nos vieran, se morirían primero de risa, después de pena. Porque para ellos esto no sería una crisis, sino un leve contratiempo. Pero los españoles, que durante muchos siglos supimos ser pobres con dignidad, nunca habíamos sabido ser dóciles.

Nunca, hasta ahora.

Esta es la historia de muchas historias, la historia de un barrio de Madrid que se empeña en resistir, en seguir pareciéndose a sí mismo en la pupila del ojo del huracán, esa crisis que amenazó con volverlo del revés y aún no lo ha conseguido.

En este barrio viven familias completas, parejas con perro y sin perro, con niños, sin ellos, y personas solas, jóvenes, maduras, ancianas, españolas, extranjeras, a veces felices y a veces desgraciadas, casi siempre felices y desgraciadas a ratos. Algunos se han hundido, pero son más quienes resisten por sí mismos y por los demás, y se obstinan en cultivar sus viejos ritos, sus costumbres de antes, para no dejar de ser quienes son, para que sus vecinos puedan seguir llamándoles por su nombre.

La peluquería de Amalia estuvo a punto de cerrar cuando abrieron una manicura china justo enfrente, pero sus

cientas le fueron leales aunque no le quedó más remedio que bajar los precios.

El bar de Pascual sigue abierto, aunque cada día es menos un bar y más una sede, la de los vecinos que pelean por conservar los pisos de alquiler social que el Ayuntamiento vendió a traición a un fondo buitre, la de la Asociación de Mujeres que tuvo que cerrar su local cuando se quedó sin subvenciones, la de la AMPA del colegio que ya no abre por las tardes porque le recortaron los fondos para extraescolares... A su dueño no le importa. Pascual es un hombre tranquilo, bienhumorado, que se conforma con exigir que, al menos, uno de cada tres socios de la asociación que sea pida de vez en cuando una cerveza. A los otros dos, si no hay más remedio, les sirve un vaso de agua con una sonrisa en los labios.

Muchas tiendas antiguas han cerrado. Han abierto otras nuevas, casi siempre baratas, aunque no todas son orientales. La churrería, la farmacia, la papelería, el mercado, siguen en el mismo sitio, eso sí, como los puntos cardinales del barrio de antaño, el barrio de ahora.

Por lo demás, en septiembre empieza el curso, en diciembre llega la Navidad, en abril brotan las plantas, en verano, el calor, y entretanto pasa la vida.

Vengan conmigo a verla.

La familia Martínez Salgado vuelve de las vacaciones y parece que de pronto se llena el barrio de gente.

Tres coches entran en la ciudad en fila india, en el mismo orden que adoptaron esta mañana para abandonar un pueblo de la costa situado a casi cuatrocientos kilómetros de Madrid.

En el primero, que ha pasado ya dos ITV, pero sigue siendo grande y está muy limpio, vuelve Pepe Martínez con sus padres y su hija Mariana.

En el segundo, un poco más modesto, sin pegatinas a la vista y tan sucio como si su dueña hubiera pretendido traerse media playa de recuerdo, vuelve Diana Salgado con su madre y su hijo pequeño, Pablo, que ha amenizado el viaje repitiendo la misma pregunta —¿cuánto falta?— cada dos o tres kilómetros.

En el tercero, que primero fue de Pepe, después de Diana, y durante años ha seguido acumulando adhesivos de todos los colores hasta completar la admirable colección que exhibe el lateral derecho del parabrisas, vuelve Jose, el hijo mayor, con su novia y *Tigre*, el gato de la familia, recluido en ese infernal instrumento de tortura que se llama transportín.

—Bueno, pues ya estamos otra vez aquí —exclama Pepe mientras mete la última maleta en el ascensor de la casa de sus padres—. ¡Las vacaciones se hacen siempre tan cortas! Qué pena.

—¡Ay sí! —su madre se cuelga de su cuello, le besa en las mejillas con expresión compungida—. Nos lo hemos pasado tan bien...

—Muchas gracias por todo, hijo —y su padre le abraza sólo un poco, como si, desde el día en que cumplió diez años, le diera vergüenza abrazarlo del todo—, pero vete ya, anda, a ver si te van a poner una multa por estar en doble fila.

Pepe vuelve al coche y espera a que su padre se asome a la terraza del salón, para certificar que todo está en orden, antes de marcharse. Lo que nunca podría adivinar es lo que está diciendo su madre mientras su marido mueve una mano en el aire.

—¡Qué gusto, Dios mío! ¿Sabes lo que voy a hacer ahora mismo?

—Claro que lo sé —él va hacia ella, la abraza—. Quitarte el sujetador.

—No, eso después. Primero voy a bajar a la calle, voy a comprar la oreja de cerdo más grande que encuentre y voy a poner en remojo unas lentejitas...

—¡Ay, sí! —a él se le hace la boca agua—. Ya se han acabado las ensaladas de espinacas con champiñones crudos.

—Y la pechuga de pavo para cenar. Esta noche voy a hacer una tortilla paisana con su chorizo, su jamón, sus guisantitos...

—Qué alegría. Voy a poner a Bambino para celebrarlo.

—¡Muy bien! —ella se ríe, se levanta la falda con una mano, ensaya dos pasos de rumba al ritmo de una música

que suena sólo en su cabeza—. Que ya está bien del *chilant* ese...

Al rato, Diana acompaña a su madre hasta la puerta a pesar de sus protestas.

—Bueno, pues ya estamos otra vez aquí —exclama al dejar la última bolsa en el recibidor de la casa donde se ha criado—. ¡Qué pena!, ¿verdad, mamá? Qué cortas se hacen siempre las vacaciones.

En un solo movimiento, su madre la abraza, la besa con fuerza y empieza a empujarla hacia la escalera.

—Sí, pero vete ya, corre, que hemos dejado al niño solo y yo estoy bien, hija, no necesito nada, de verdad...

Después cierra la puerta, se descalza sin mirar adónde van a parar las sandalias, sale al balcón para decirle adiós a su nieto con la mano, y mientras pierde de vista el coche de su hija, abre los brazos, da una vuelta completa sobre los talones y suspira.

—¡Qué gusto, Dios mío!

A continuación abre la maleta, mete una mano hasta el fondo como si supiera dónde está exactamente lo que busca, saca un paquete de tabaco, enciende un cigarrillo y da tres caladas con los ojos cerrados. Antes de la cuarta, se dirige a la cocina y, tras la quinta, se hace un café del color exacto que su hija le tiene terminantemente prohibido, más negro que el alma de Satanás. Armada con la taza, entra en su despacho, enciende el ordenador, mueve el ratón para activar un icono con forma de casco de guerrero antiguo y hasta se emociona al escuchar esa musiquilla que ha echado tanto de menos.

—Griegos malditos... —murmura mientras se registra con su nick en *¡Que arda Troya!*, *estrategia*, *multijugador*, *on-*

line—. ¡Andrómaca ha vuelto! —y enciende otro pitillo mientras selecciona la partida que dejó inconclusa antes de su viaje a la playa—. Te vas a cagar, Aquiles.

Pepe llega a casa antes que su mujer y se encuentra con el pobre *Tigre*, metido aún en el transportín, encima del felpudo.

—¡Joder con el niño este! —murmura mientras libera al animal de su cárcel para ponerse la camisa perdida de pelos húmedos, impregnados en el clásico aroma a pis de gato—. ¿Qué tendrá que hacer con tantas prisas?

—Papá... —Mariana, diecisiete años muy espabilados, pasa a su lado como una exhalación y se vuelve a mirarle un segundo antes de cerrar la puerta de su cuarto con pestillo—. A veces pareces tonto.

—Ya, ya.

A pesar de todo, cuando deja al gato en el suelo y mira a su alrededor, está a punto de pronunciar las mismas palabras que grita Mariana mientras enciende su superordenador, con todos los cachivaches del mundo acoplados y una conexión superferolítica que la ha metido en Google en menos que se tarda en decir amén.

—¡Qué gusto, Dios mío!

Porque ya no tiene que pelearse con el resto de su familia por un único portátil, ni compartir dormitorio, ni esperar turno para ducharse al volver de la playa, ni ir a la playa, ni entrar en el mar con sus dos abuelas cogiéndola de la mano como si todavía tuviera cinco años.

—¡Qué gusto! —repite en voz baja como si necesitara acomodarse a su suerte, y mueve el ratón, acaricia el teclado, contempla la pantalla con la más amorosa de las devociones, hasta que entra en Facebook y se encuentra con un

nombre que la descoloca—: ¡Andrómaca! ¿Otra vez Andrómaca? ¡Pero qué petarda! Mira que es pesada...

Intenta eliminarla de todos sus contactos pero, como de costumbre, vuelve a aflorar con la persistencia de una mancha de fuel en la costa del Mediterráneo.

—¿Y quién será, la tía esta?

Mientras tanto, Pepe ya ha tenido tiempo de quedar con dos amigos para ir al fútbol al día siguiente, la primera jornada en casa y con un recién ascendido, un regalo de bienvenida del calendario, y las cañitas de antes, y las copas de después, y el lunes a trabajar, tan ricamente, él solito, en su despacho con aire acondicionado, diseñando sistemas y motores para aviones, que es precisamente lo que sabe hacer, y no montar sombrillas que se le vuelan, ni asar chuletas que se le queman, ni pasear ancianos que se le cansan, ni esperar colas de media hora en los supermercados para que su hija le eche una bronca después, encima, porque los yogures están a punto de caducar, y te los he pedido con fibra, no con soja, que la de la soja es mamá, a ver si te enteras...

—¡Qué gusto, Dios mío! —proclama al fin mientras va a la nevera a por una cerveza, para ir preparando el partido.

Y desde la ventana de la cocina ve pasar el coche de su mujer, que va a tener que aparcar en la calle porque él ya ha metido el suyo en el garaje.

Pablo, por supuesto, no espera a que su madre encuentre un sitio libre.

Lo suyo es visto y no visto, porque sus amigos estaban al acecho y llegan corriendo casi al mismo tiempo que él,

Felipe con un balón de baloncesto, Alba con los brazos abiertos. Los tres se abrazan en el recibidor como si hubieran pasado varios años, y no veintidós días, desde que se vieron por última vez. Luego Pablo va a su cuarto, abre la puerta, tira su bolsa en el suelo, la empuja hacia dentro con una patada, vuelve a cerrar y se larga a la calle sin más preámbulo que el habitual.

—¡Papááá, que me voy!

Él es el único miembro de la familia Martínez Salgado que no dice esta tarde ¡qué gusto, Dios mío!, pero en el descansillo lo reemplaza con una expresión equivalente.

—¡Menos mal que ya estoy aquí! Tenía unas ganas de volver... Ya no podía más con la peña, os lo juro.

La peña era su abuela Aurora cogiéndole de la barbilla, ¡ay, qué guapo es mi nieto!, y su abuela Adela revolviéndole el pelo y diciéndole a la otra, ¿has visto, Aurora, qué nieto tan guapo tenemos?, y su abuelo Pepe empeñándose en que le enseñara a montar un cubo de Rubik, y su padre diciéndole, Pablo, juega con el abuelo, y su madre diciéndole, pero, Pablo, ¿qué trabajo te cuesta jugar con el abuelo?, y su hermana diciéndole, enséñale, Pablo, pobrecito, y su hermano diciéndole, mira que eres borde, Pablo, imóntale ahora mismo el cubo al abuelo!

Diana es la última porque le toca abrir las maletas, aunque no las deshace del todo, porque como mañana vuelvo a tener asistenta, recuerda con una sonrisa.

Luego llena el cubo de la ropa sucia pero no pone la lavadora, porque como mañana vuelvo a tener asistenta, y su sonrisa crece un poco más.

Después estudia la nevera y hace una lista de la compra, pero no baja al súper, porque como mañana vuelvo a tener

asistentita y me queda una semana de vacaciones, y la sonrisa ya no le cabe en la boca.

—¿A alguien le importa que pidamos pizzas para cenar?
—grita al aire del pasillo.

Nadie contesta, ni le recuerda por tanto que es endocrinóloga, así que se encierra en su dormitorio, enciende el ventilador del techo, se quita la ropa, se tumba en la cama, abre los brazos, las piernas, y vuelve a sonreír.

—¡Qué gusto, Dios mío!